

VIDA CONSAGRADA: NUEVOS ROSTROS PARA UNA NUEVA TIERRA¹

Hna. María Victoria
Glez de Castejón, RSCJ²
Representante de la CONFER

Se habla y se escribe mucho sobre el futuro de la Vida Consagrada (VC): ¿cuál podría ser su novedad?, ¿cuáles sus rostros? Es lo que se nos ha pedido que comentemos en este panel.

Hablar de VC nueva es hablar de vida, de su futuro, es decir, de algo dinámico. Por eso voy a usar junto con la imagen de los rostros que se nos ha propuesto, la imagen de la tierra y la semilla que crece hasta convertirse en planta y cuyas ramas son podadas para que den más fruto. Dos imágenes que nos pueden ayudar en esta breve reflexión.

El futuro lo vamos sembrando cada día, lo sembrábamos ayer y lo sembramos hoy. Hay plantas que ya brotan, otras necesitan más tiempo, la semilla todavía no ha debido de morir. Los rasgos del nuevo rostro están ya sembrados en la tierra. De ahí la importancia de discernir las semillas del Reino, que contiene la nueva tierra, y descubrir las que estamos llamados a plantar para ser ese despertador que nos pide el papa Francisco. Nuestro Dios nos busca en esos brotes que aparecen y en las necesidades apremiantes que nos llaman.

¹ Aportes de la CONFER en el panel “Vida Consagrada nueva: rostros” realizado en Bogotá, el 20 de junio de 2015, durante el Congreso de Vida Consagrada.

² Religiosa del Sagrado Corazón, española, cariñosamente llamada Toya. Ha vivido muchos años de su vida fuera de España respondiendo a diferentes servicios que le pedía la congregación. Uganda le ofreció una rica experiencia “inter”: intercultural, intercongregacional, internacional abriéndole horizontes que ha agradecido toda su vida. Fue en Uganda donde empezó a trabajar en la formación y que seguiría más tarde en América Latina, en Roma y por último en Polonia. Su última misión internacional, del año 2003 al 2011, fue al servicio de la UISG como Secretaria General. Después de 42 años fuera de España, regresa en febrero 2011. Sigue ofreciendo su servicio a la Vida Consagrada, ahora desde la Conferencia Española de Religiosas/os (CONFER), como coordinadora de las CONFER regionales y Diocesanas.

Pero ¿cuál es esa nueva tierra? Es la de una civilización nueva, consecuencia y fruto de un cambio epocal, y es la del fin de la era cristiana que marcó la historia durante siglos. Si lo que nace es una nueva civilización, lo nuevo en la VC no podrá ser ni repetición ni involución, tampoco modificación de lo existente o rejuvenecimiento de sus estructuras, costumbres y muros, porque lo nuevo no es fruto de una operación de *lifting*. Lo que nace es novedad y la novedad implica totalidad, muerte y vida, la del capullo del que sale la mariposa. Rompe esquemas, desinstala. Esa vida está naciendo con la nueva cultura ¿no la vemos? o ¿buscamos el renacer de la gloria del pasado? El obispo de Tanger, Mons. Agrelo, franciscano, en su homilía el día de la Vida Consagrada, en Barcelona, para toda Cataluña, el 9 de mayo, decía: “Me pregunto, si nosotros no llevamos demasiado tiempo sin entender que el Espíritu de Dios nos está cerrando el camino. Me pregunto, si no llevamos demasiado tiempo sin entender que lo que estamos viviendo no es sencillamente la consecuencia de una crisis, sino que es parte importante, esencial del designio de Dios sobre nuestra vida”. Nuestro Dios es un Dios sorprendente e

innovador que constantemente crea cosas nuevas.

¿Qué rasgos nuevos tiene ese rostro -rasgos que nos vienen de la civilización y cultura naciente- y ¿cómo cuestionan la VC? Destaco tres:

- La *sed de espiritualidad* que no siempre busca saciarse en lo institucional. Una sed que nos desinstala y cuestiona nuestros métodos y procesos. Hay sed de mística, sed de silencio, de sentido, sed de encuentro con uno mismo y de encuentro con un Alguien mayor que nosotros. Junto a esa sed crece, en muchos lugares, la indiferencia ante el cristianismo, nacen religiosidades que atraen, hay confusión y hay fanatismos religiosos. Esta sed y esta indiferencia ¿no nos pide, a veces sin saberlo, como Jesús a la Samaritana: “dame de beber”? ¿Qué fuente les ofrecemos para que, al beberla, se les despierte una sed aún más profunda? Pero es una sed que nos exige una seria formación.

Una sed que también confronta nuestra propia vida espiritual. Quizá aquí nos puede ayudar el profeta Elías (cf. 1

Reyes 19, 1-4). Dios no estaba en la tormenta, ni en el terremoto sino en la brisa suave. Nuestros rasgos ¿reflejan esa dimensión mística, esa profundidad, esa “brisa suave”? Elías tuvo que salir de su gruta para experimentar la tormenta y descubrirle en la brisa.

- La *sed de la fraternidad y de la solidaridad*. Una sed que nos pide sembrar semillas que maten los prejuicios raciales, culturales, y también religiosos, tan arraigados en nosotros, y sembrar semillas que acojan las diferencias como riqueza. El mundo, esta nueva civilización, es ya plural y multicultural. Reina la diversidad y en esa diversidad, lo que nos mantendrá unidos será una relación sencilla, abierta y sana. La pluralidad, en vez de empujarnos a vivir la solidaridad con los vulnerables, puede llevarnos a encerrarnos en pequeños guetos y ser semilla de nuevos fanatismos. Esta sed de fraternidad y solidaridad, pide a la VC experimentarla primero en sí misma, en lo plural, lo diverso, lo inter y lo multi-comunitario, viviéndolo en el respeto y la acogida mutua. ¿No será esta sed un antídoto profético

que anuncia que la fraternidad universal es posible?

- La *sed de la misión compartida, de la colaboración* intercongregacional y con los laicos. Nos necesitamos mutuamente. Dejaremos de ver la escasez cuando veamos la abundancia que nos rodea. Descubirla pide salir, compartir, arriesgar y un cambio de mentalidad. Una misión en colaboración que tendrá como rasgos: la muerte al protagonismo, a lo “mío”, para pasar a lo “nuestro”. Este paso pide claridad en la vivencia de los distintos carismas y pasar de una VC muy institucionalizada “unicarismática”, a una más “pluricarismática”, en la misión y, cuando sea posible, ser esa caballería ligera que nos permite llegar juntos a las urgencias que se presentan. Una sed que podría ser profética en su comunión, con la diversidad de carismas y en su testimonio de comunión eclesial. ¿Dónde nos situamos personal e institucionalmente con relación a esta sed? ¿La tenemos? ¿La deseamos?

Y para concluir algo que no podemos olvidar. La VC nueva, sus

rostros, necesitarán siempre testimoniar los rasgos de la sencillez y la espontaneidad del niño, de la capacidad de riesgo y audacia de la juventud, de la madurez y

reflexión del adulto, de la sabiduría y serenidad del anciano, y de la creatividad propia de todas las edades.